



Tiempo de ceniza

**La libertad
acorralada**

Joaquín Navarro Estevan



Los enemigos del pudor y de la justicia suelen ser los ciudadanos más poderosos y una vez que se hacen con el poder, lo utilizan contra la comunidad que se lo confirió. Su objetivo esencial de destrucción es siempre el pudor y la justicia, los dos bienes esenciales para la convivencia. Su arrasamiento conduce a la violencia, la codicia, la iniquidad y la muerte, y son ellos —los poderosos que rechazan justicia y pudor— los que se apoderan de la *pólis* y expulsan de la misma a los más rebeldes.

Este libro describe episodios de combate y enfrentamiento de la justicia del poder —que es siempre la que complace al príncipe— con el poder de la justicia —que reside en la dignidad y la libertad—. Quiere ser una denuncia de prevaricaciones perpetradas en nombre del Derecho, del Estado de Derecho y de la razón de Estado. Un intento desesperado —y muchas veces desesperante— por conciliar el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad. Por romper el círculo infernal de la impotencia y la resignación ante la iniquidad y la violencia.

En estos momentos, cuando el mundo asiste encogido y tenso a las grandes tragedias provocadas por el terrorismo apocalíptico en Nueva York y Washington, es más exigible que nunca esa pasión por la libertad y la justicia que es el cimiento mismo de la dignidad humana.

Joaquín Navarro

Tiempo de ceniza

La libertad acorralada



*A mi admirable amigo y compañero
Federico Carlos Sainz de Robles,
con Troya y Pancorbo al fondo
y en los costados.*

INTRODUCCIÓN

Veintiséis siglos ya desde que Protágoras de Abdera nos contase una historia decisiva para el conocimiento de la Humanidad. El más grande de los filósofos sofistas nos dice que el padre Zeus sufría y se encolerizaba ante el espectáculo que le brindaban a diario los hombres y las mujeres que con tanto mimo había creado. Se acometían violentamente unos a otros, robaban y asesinaban con tal hervor que la convivencia —incluso la supervivencia— se hacía imposible. Algo esencial había fallado en el plan divino. Al fin, el padre de todos los dioses creyó descubrir la solución. A las criaturas humanas les faltaban el pudor y la justicia. El sentimiento de la propia dignidad y los tres principios básicos del Derecho: vivir honestamente, no hacer daño a otro y dar a cada uno lo que es suyo.

Zeus convocó de inmediato a su hijo Hermes, el más veloz y obediente de los dioses, le ordenó que bajase a la Tierra para repartir entre hombres y mujeres el pudor y la justicia. Hermes preguntó a su padre si el reparto era para todos y por igual o con alguna excepción y a unos más que a otros. «Para todos y por igual», respondió Zeus. Pero Hermes aún tenía otra pregunta: «¿Qué debo hacer con los que se nieguen a aceptar el reparto?». Zeus reflexionó largamente y le contestó: «Expulsarlos inmediatamente. Gentes así son un flagelo para la polis».

Por desgracia, las cosas no son así. Los enemigos del pudor y de la justicia suelen ser los ciudadanos más poderosos y, una vez que se hacen con el poder, lo utilizan contra la comunidad que se lo confirió. Su objetivo esencial de destrucción es siempre el pudor y la justicia, los dos

bienes esenciales para la convivencia. Su arrasamiento conduce a la violencia, la codicia, la iniquidad y la muerte y son ellos —los poderosos que rechazan justicia y pudor— los que se apoderan de la polis y expulsan de la misma a los más rebeldes. A los que no se someten a la justicia que imponen los dictadores como política del poder e instrumento de opresión. Llamen Derecho a las leyes que promulgan para asegurar su control del Estado. Y llamen justicia a las exigencias terroristas de la razón de Estado. Son efectivamente el flagelo de la polis, pero es imposible expulsarlos de ella. Zeus, Hermes y demás legión divina permanecen mudos y pasivos. Decidieron hace muchísimos siglos que sólo los que luchan por su vida y su libertad merecen libertad y vida. Que los que se someten y acatan la ignominia, los que se resignan por fatalismo o cobardía, la merecen. Que sólo los que, sin esperanza ni miedo, se enfrentan a la opresión hacen resplandecer la esperanza. Que si todos los hombre y mujeres libres —los que piensan con su propia cabeza y no mendigan su libertad a nadie— se unen contra impostores y verdugos, pueden llegar a derrotarlos y expulsarlos de la polis.

El mito de Prometeo camina en la misma dirección pero tiene mayor humanidad. Era Prometeo un titán distinguido que ayudó con fervor y valentía inigualables a Zeus en su lucha contra Cronos, al que terminó destronando. Le tenía por ello Zeus un cariño profundo. Pero ocurrió algo terrible. Prometeo amaba especialmente a los seres humanos y se condolía con sus padecimientos. Decidió regalarles el fuego, don divino que los dioses olímpicos consideraban sagrado y exclusivo. Prometeo lo robó y se lo dio a los hombres y las mujeres para que su vida fuese mejor y más digna. No contento con ello, encendió en el espíritu humano la llama del orgullo. Debían reservar los mejores manjares, cocinados con fuego, para sí mismos. Para los dioses, los menos buenos.

Aquello despertó la terrible cólera de Zeus. El padre de todos los dioses ordenó clavar a Prometeo sobre un picacho del Cáucaso. Un águila gigantesca le destrozaba diariamente el hígado, que le volvía a crecer por la noche para lo mismo ocurrir al día siguiente. El dolor de Prometeo era intolerable, pero lo resistió. Incluso se negó a la negociación que Hermes, en nombre de Zeus, le planteó. Si pedía perdón y retiraba el fuego a la Humanidad, sería indultado. Prometeo rechazó furiosamente la humillación y aprovechó el diálogo con Hermes para amenazar a Zeus. Si lo seguía torturando, no le contaría un terrible secreto que podría destruir al padre de los dioses.

Cuando Hermes se lo comunicó a Zeus, éste se preocupó obsesivamente. Estaba reciente su enorme lucha contra Cronos disputándole el trono olímpico y no quería ni pensar en que podía perder el poder en otra guerra. Aceptó el trato que le ofrecía Prometeo. El secreto era terrible. Si Zeus se apareaba con la doncella del mar —Tetis—, de la que estaba prendado por su hermosura, el hijo que engendrara en su vientre lo destruiría. Zeus se apresuró a ordenar el ayuntamiento de Océano con Tetis. Del mismo nació el gran Aquiles. Como uno de sus talones no quedó enteramente bañado por las más limpias aguas de océano, fue mucho más vulnerable de lo que Zeus y Tetis hubiesen deseado.

Los hombres se quedaron con el fuego. No era el que arde y hace arder físicamente las cosas. Era el fuego de la justicia y la dignidad. El que hace dioses a todos los hombres y mujeres de la Tierra. El que les permite luchar por su libertad a todo trance. Pese a quien pese y se oponga quien se oponga. El que les hace decir «NO» a todos los opresores y verdugos de turno y aliarse con la gente libre para, con la libertad de todos los justos, imponer límites al poder y procurarles miedo a través de la justicia. El fuego que Prometeo robó a los dioses para dárselo a los humanos era la pasión por la libertad y por la justicia y el alto orgullo

que comunica la pasión por la dignidad. Nunca son pasiones inútiles.

Este libro describe episodios de combate y enfrentamiento de la justicia del poder —que es siempre la que complace al príncipe— con el poder de la justicia, que reside en la dignidad y la libertad. Quiere ser una denuncia de prevaricaciones perpetradas en nombre del Derecho, del Estado de Derecho y de la razón de Estado. He seleccionado algunas muy significativas y otras que, sin serlo, conocía por experiencia personal. El libro es un intento desesperado —muchas veces desesperante— por conciliar el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad. Por romper el círculo infernal de la impotencia y la resignación ante la iniquidad y la violencia. No es una empresa imposible. Las empresas imposibles disparan en nosotros la melancolía, que es la decrepitud del alma, la que nos inclina al hastío y la desesperanza, la que nos hace desvivirnos y desalmarnos.

Ese torrente de creación y pasión que fue Rubén Darío plasmaba todo esto de modo magistral. «Dichoso el árbol que es apenas sensitivo/ y más la piedra dura, porque ésta no siente,/ pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo/ ni mayor servidumbre que la vida consciente». Pero hay dolor y pesadumbre aún más dolorosos: que el hombre destruya a sus semejantes de forma cruel y sistemática, despreciando y pisoteando cualquier sentido de la dignidad y la justicia. En estos momentos, cuando el mundo asiste encogido y tenso a las grandes tragedias potenciales y reales provocadas por el terrorismo apocalíptico que asoló Nueva York y Washington, es más exigible que nunca esa pasión por la libertad y la justicia que es el cimiento mismo de la dignidad humana.

I

TERRORISMO APOCALÍPTICO CONTRA USA

La condición humana

Por encima de todo, la humillación. Ha sido horrible la muerte de tantos seres humanos, las heridas de muchos millares, el sufrimiento de millones de personas, el espanto, la sorpresa, el terror, el pánico, el sentimiento de inseguridad y vulnerabilidad y el miedo mordiendo la garganta y la sangre. Pero, por encima de todo, la humillación. Que el corazón del imperio sea malherido por unos cuantos fanáticos dementes perfectamente planificados y adiestrados, pero una ínfima minoría sin posible parangón con la mayor potencia de la Tierra, es una humillación sin precedentes. Ni tan siquiera Pearl Harbor es equiparable. Existía una guerra mundial y la entrada de USA junto a los aliados era inminente. Además, fue un ataque militar contra una base militar y la potencia japonesa no era desdeñable. Lo del 11 de septiembre fue infinitamente distinto y sideralmente más grave. Cuatro comandos terroristas secuestran cuatro aviones —en suelo y vuelo norteamericano— y consiguen destruir en medio de una espantosa matanza los centros más altivos y emblemáticos del imperio: de su poder económico —las Torres Gemelas— y de su poder militar —el Pentágono—. Nadie supo nada de lo que iba a ocurrir hasta que ocurrió. Cuando Bush habla por vez primera desde Florida sólo se había producido el ataque contra las Torres. Nada más se preveía. Después, nada menos que el Pentágono. Mayor humillación.

No existió, quizá, símbolo más insuperable de esa humillación que la peripecia de Bush tras salir precipitadamente

de Florida. El avión presidencial se dirigía hacia la Casa Blanca pero alguien ordenó el cambio de rumbo. La máxima representación del poder político norteamericano no era lugar seguro. Mejor un lugar desconocido de Louisiana. Allí grabó el presidente un discurso atravesado por la desorientación y la perplejidad. Bush no entiende lo que está pasando. Se dirige a un pueblo encogido y temeroso y habla contra un enemigo que no conoce. Asegura que ha sido un ataque contra la libertad y que los agresores serán perseguidos y castigados. Ojalá ambas afirmaciones fuesen ciertas. Pero no lo son. Fue un terrorífico ataque contra el más grande poder de la Historia —no contra la libertad— y lo pagarán muchos más justos que pecadores.

No hay peor consejero que el miedo al miedo. El escudo antimisiles, manos libres para Israel, libertad para Putin en Chechenia, radical preferencia de la seguridad «more in USA» sobre la libertad y represalias masivas contra enemigos previsibles (Afganistán e Irak a la cabeza). Un enorme regreso al autoritarismo. Otra vez el eterno retorno de los feudos. Alguien dijo que el terrorismo es la guerra de los pobres y la guerra el terrorismo de los ricos. Después de la guerra de los pobres, la guerra de los poderosos termina por no distinguir a los enemigos. Tras haber presenciado la tragedia de las Torres Gemelas y del terror desatado por las calles de Manhattan, recordar los versos de García Lorca en su Poeta en Nueva York estremece hasta el tuétano. «La aurora de Nueva York tiene/ cuatro columnas de cieno/ y un huracán de negras palomas/ que chapotean las aguas podridas». Era casi la aurora cuando estalló el Apocalipsis que conmovió al mundo. Cuando la luz fue sepultada por la barbarie terrorista. Federico lo decía muy bien, casi previendo la tragedia: «Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes/ como recién salidas de un naufragio de sangre».

La tragedia norteamericana —horrible y detestable— es preludio de otras muchas tragedias. La humillación del 11 de septiembre es fuente de toneladas de odio y de ven-

ganza. Así es la condición humana. Terror y guerra es lo mismo. Siempre es la guerra el meollo de las cosas. Y la guerra total deriva su sentido total del enemigo total. La humillada es siempre la condición humana.

Un acto de guerra. Colin Powell definió así el terrorismo apocalíptico que se cernió sobre USA y continúa estremeciendo al pueblo norteamericano y a la opinión pública mundial. Un acto de guerra. Decidido y planificado por poderes invisibles. Ejecutado por unos cuantos comandos kamikazes fanatizados por la fe en el heroísmo, la satanización del enemigo y la eterna salvación de su alma. Como siempre, el infierno son los otros. Es la mitología forjadora de un gran Satán —que es el Otro— al que hay que eliminar a toda costa. No hay identidad que no se marque a fuego en función de lo que excluye y no hay exclusión en la que no esté latiendo la tentación del exterminio.

Los que crean grandes mitologías siempre colocan a un dios a su cabeza en cuyo nombre se santifica la guerra —grande o pequeña, pobre o rica— contra el Otro. Es la exhibición amenazante de una «otredad» absoluta e incurable. Una vez que esta ficción ha sido consumada, se puede proceder al sacrificio público del enemigo, en los altares de la identidad, a los dioses oscuros de la pureza que garantizan el espíritu nacional, el alma colectiva, nuestra religión y nuestra raza. En la plenitud de todo esto, nuestra efímera condición humana está llamada a perpetuarse e inmortalizarse.

Este ataque terrorista ha abierto la caja de Pandora de la violencia en el mundo. La catástrofe humana ha sido terrible. El golpe moral, brutal. Las consecuencias pueden ser pavorosas. Lo van a ser. Hasta que terminen de salir de esa caja calamidades y convulsiones sin cuento no cabe pensar en un nuevo umbral de esperanza. Huele a guerra, destrucción, sangre, represión y muerte. Si la perplejidad es la madurez de la razón, la seguridad de que no hay más camino que el exterminio elimina toda perplejidad y se convierte

en la madurez de la violencia. Si el enemigo, al atacarnos con tanta vileza, se convierte en la mejor garantía de nuestra identidad, su exterminio es el único modo de salvar esa identidad para siempre. Sólo en la muerte hay plenitud de identidad. Pulsión de identidad y pulsión de muerte es la misma cosa.

Así lo entendieron y aplicaron los comandos terroristas que humillaron hasta límites inconcebibles a la primera potencia del planeta. Tanto soñar en grandes escudos que la hiciesen impenetrable ante el ataque de enemigos exteriores armados de misiles y, súbitamente, USA se encuentra con que el enemigo es pequeño y doméstico, que sus armas son cuchillos y que los aviones que secuestran con esos cuchillos en suelo americano se convierten en grandes armas de exterminio de símbolos y ciudadanos norteamericanos. ¿Qué escudo cabe contra esas armas? ¿Cuál es la fuente de un odio tan implacable? ¿De dónde brota el manantial que hace perentorio el asesinato indiscriminado de pobres ciudadanos que se creían al margen y por encima de cualquier ataque? ¿Servirá este terrorismo apocalíptico para que la nación más poderosa del planeta aprenda en su propia sangre y en su misma alma ese horrible dolor que entenebrece la convivencia y la hace insegura y estremecida por el miedo y la miseria? ¿Avivará el sentimiento de la justicia, la vergüenza por la iniquidad y ese hierro infernal en el costado que es la piedad por los otros que sufren intolerablemente por nosotros y junto a nosotros?

No irán por ahí las cosas. No va por este camino la condición humana. No la humillemos más con represalias y venganzas que nos coloquen a todos en el mismo nivel de terrorismo apocalíptico de los comandos fanáticos y asesinos que asolaron Nueva York y Washington. No la humillemos más contestando al terrorismo de unos pocos con el terrorismo de muchos. A la guerra de los pobres con el terrorismo de los poderosos.

Entre la pléyade de sandeces que se escuchan para respaldar teórica o jurídicamente la decisión norteamericana de tomarse cumplida venganza contra los enemigos —personas, grupos y países— que le señalen a USA sus servicios de inteligencia y sus intereses de seguridad y poder, destaca una primorosa: el derecho norteamericano a la legítima defensa. Como si pudiese existir defensa legítima cuando ya se ha consumado la agresión ilegítima perpetrada por enemigos que siguen siendo invisibles. Cuando ya no se puede impedir ni repeler esa agresión. Cuando la inmediatez, la adecuación y la proporcionalidad de la defensa se han hecho imposibles. Pues nada. Se habla de legítima defensa y punto. Y hablan de ella personas que, encima, pasan por ser juristas. Es posible que digan tal memez para distanciarse de la condena de Egidio de Roma: «Todos los juristas son idiotas políticamente porque hablan de política por hablar y sin razón». Mejor que los juristas hablen sin el Derecho y contra el Derecho. No existe legítima defensa. Tampoco, estado de necesidad. Por supuesto, no hay fundamento alguno para hablar de estado de guerra, a no ser que entendamos que USA y los demás países de la llamada «coalición antiterrorista» están en guerra formal o material con todos los terroristas que existen dentro o fuera de las fronteras de cada Estado. El simple hecho de que se hable de guerra contra el terrorismo es un enorme regalo para todo grupo terrorista que se precie. Aspiran —todos ellos— a ser considerados y tratados como realidades militares, es decir, como auténticos ejércitos que han declarado la guerra a uno o varios Estados. Ellos son —como éstos— máquinas de poder y violencia y combaten como soldados de una causa. Reconocerles el «status» de combatientes de un ejército enemigo es situarlos en el mismo nivel de los Estados. Y prescindir en la lucha de las leyes previstas para tiempos de paz es —para todo terrorista que se precie— la confirmación de ese reconocimiento. A la guerra, como en la guerra. Los ordenamientos jurídicos ordinarios nada tie-

nen que ver con ella. Que los Estados prescindan del Derecho para aplicar las «leyes de la guerra» al combate contra el terrorismo constituye un enorme éxito para éste y un tremendo fracaso de los Estados. Aceptan, en definitiva, que actúan al mismo nivel que simples asociaciones de malhechores. Ya lo dijo Agustín de Hipona: cuando una sociedad política prescinde de la justicia se convierte en una sociedad de ladrones y granujas.

Dicen que es una «nueva guerra». Pero la guerra es siempre vieja. Como el mundo. Añaden que será una «guerra sucia». Todas lo son. Antologías de la abyección, el odio, la brutalidad y el asesinato en masa. Cuando la comunidad internacional tiene la ocasión de embridar y conciliar sus diferencias hacia la procura de esa paz perpetua que soñaba Kant; cuando toda persona y todo país con un mínimo de racionalidad y sensibilidad sabe que sólo se lucha contra el terrorismo destruyendo sus causas, que son sus raíces; que de nada sirve eliminar un grupo terrorista si se mantienen las circunstancias que lo hicieron nacer y actuar; y que un avance significativo de la justicia en el mundo — contra el hambre, la miseria, la ignorancia, la marginación, el miedo, la desigualdad y la iniquidad— es la mejor y más limpia guerra frente al terrorismo; ponerse a su nivel es otorgarle una legitimidad y una coherencia insospechables. Y condena a ferocidades e injusticias aún mayores que las que se intentan reprimir y vengar. Hace veinticinco siglos que Heráclito dijo algo terrible: «Guerra de todos es padre, de todos rey. A los unos los señaló dioses, a los otros hombres. A unos los hizo esclavos, a los otros libres». ¿Hará suyo este trágico fatalismo la coalición antiterrorista de la que tanto se habla, fabula y canta? Como dice el poeta iraquí Salah Niyazi, «¡Una sola gota de sangre vertida/ basta para desencadenar un cataclismo/ para generar una inmensa destrucción!». El cataclismo y la destrucción pueden crear un gigantesco océano de miseria y muerte. ¿Terrorismo contra terrorismo?

Las tragedias del 11 de septiembre

No sólo ha sido la abominable matanza de ciudadanos indefensos, la planificada orgía de sangre y destrucción y el estremecimiento de terror de la opinión pública mundial. No sólo ha sido la tragedia más feroz padecida por el pueblo norteamericano. Es la antesala de un infierno sin fondo que está pudriendo ya las raíces de la muy corroída convivencia internacional. Los autores del cataclismo perseguían tres objetivos fundamentales: demostrar la vulnerabilidad de la mayor potencia del planeta; vengar las humillaciones infligidas por USA a la nación árabe y provocar una reacción desmedida del Imperio contra los enemigos reales o potenciales que puedan estar presuntamente implicados en el terrorismo apocalíptico perpetrado contra USA. Cuanto más indiscriminada y brutal sea esa reacción, más fértil será el campo del terrorismo internacional. Cuanto más patente sea que el país más poderoso de la tierra y sus aliados prescindan del Derecho y de la ética para practicar, en nombre de la justicia, una venganza rabiosa, sin bridas y sin estribos, mejor para los fines de los asesinos de Nueva York y Washington.

El 11 de septiembre comenzó el nuevo siglo. Después del anterior, marcado por el protagonismo de la gran delincuencia internacional y el asesinato en masa. Por el aumento de la injusticia, las desigualdades, la miseria, la violencia, el miedo y la ignorancia, nace este nuevo siglo bajo la sombra del odio, la venganza y la muerte. Dicen los expertos que existen grupos terroristas dispuestos a todo en sesenta países. ¿Cómo combatir el terrorismo sin eliminar sus causas, sus profundas raíces de revancha contra la humillación, la marginación y la pobreza impuestas por el llamado orden mundial? Las reflexiones de García de Cortázar (*El Mundo*, 25 de septiembre) son elocuentes: «Occidente ha destapado la caja de Pandora del fundamentalismo islámico con su rapiña salvaje en el Tercer Mundo y USA ha atizado el odio